

EL DESARROLLO DE LA PERSONA HUMANA
Base antropológica para una sólida formación ética

Alfonso López Quintas¹

RESUMEN

Se expone aquí todo un método para la formación en valores, que parte de una honda antropología, en la que el hombre se revela como un ser abierto a la relación y al encuentro. Busca, así, superar un peligro analfabetismo acerca del sentido. En este método, el propio sujeto “descubre” los valores, y realiza las experiencias que iluminan los procesos de su desarrollo personal. Entraña doce descubrimientos: los ámbitos, las experiencias reversibles, el encuentro, sus valores o virtudes, el ideal, la libertad creativa, los acontecimientos, el pensamiento relacional, el lenguaje como unidad, y el amor personal.

ABSTRACT

This is a sample of a complete method for value training. It starts from a deep anthropology where man shows himself as a being prone to have contacts with other people. Therefore he attempts to overcome the risk of illiteracy around senses. Through this method the subject discovers his own values and carries out the experiences which light up his personal development processes. It involves twelve discoveries: the domains, the reversible experiences, the encounter, his values or virtues, the ideal, the creative freedom, the events, the relational thought, the language as a unit and the personal love.

En enero de 2003, cierto telediario de gran audiencia destacó que nos hallamos en el primer aniversario de la muerte por sobredosis de la cantante Janis Joplin. Se la elogió como la “reina blanca del blues”, y, tras recordar que su vida estuvo entregada a toda clase de drogas, se concluyó que había sido “una mujer totalmente libre”. ¿Están preparados los jóvenes actuales para descubrir la forma de manipulación que late en este mensaje televisivo? En caso negativo, no están debidamente formados para vivir en un momento de la historia tan fecundo y tan arriesgado, a la par, como el presente.

Introducción

En la película de Ingmar Bergman *El silencio*, una joven le dice a su hermana con aire exultante que tiene relaciones íntimas con un extranjero y, por no saber su lengua ni él la suya, no pueden hablarse. Un joven que oye esto ¿se da cuenta de la actitud ante la vida que ha adoptado esa joven y de los riesgos que implica para ella? ¿Podría sentirse contenta si supiera lo que significa alegrarse por no poder hablar con quien se tiene intimidad corpórea? Si no sé contestar a estas preguntas, voy por la vida con los ojos vendados y no puedo guiar mis pasos con una mínima seguridad.

¹ Catedrático Emérito de Filosofía de la UCM. Miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Fundador de la Escuela de Pensamiento y Creatividad.

Esta especie de ceguera espiritual constituye una forma de “analfabetismo de segundo grado”, que todos podemos padecer en alguna medida. No saber unir las letras y adivinar lo que dice un escrito es un modo primario de analfabetismo, y debe ser erradicado porque nos deja desvalidos ante la vida. Si sabemos leer y nos hacemos cargo de lo que se nos comunica, tenemos capacidad de informarnos debidamente y saber a qué atenernos en la vida diaria. Pero, supongamos que no somos capaces de penetrar en el *sentido* de lo que leemos u oímos. Recibimos datos del exterior, pero no logramos descubrir lo que significan para nuestra vida. Captamos su *significado* superficial, pero no su *sentido* profundo. Nos enteramos, por ejemplo, de que una joven está eufórica por no poder hablar con su amante. ¿Podemos vislumbrar lo que implica, en el fondo, tal euforia? En caso negativo, bien haremos en tomar medidas para superar esa forma de analfabetismo de segundo grado, que nos deja desconcertados en nuestra vida personal y nos impide regir nuestra conducta con cierta seguridad de éxito².

En los últimos tiempos, las clases dirigentes muestran cierto interés en orientar la actividad escolar de tal forma que los alumnos aprendan a pensar bien, razonar con coherencia, decidir de modo equilibrado y realista, incluso practicar la virtud y ser buenas personas. Este loable propósito no ha tenido siempre el éxito deseado a causa de un puñado de malentendidos. Se pensó, a menudo, que la formación consiste en “aprender” valores y creatividad, y se exhortó a los educadores a consagrar tiempo y esfuerzo a tal forma de enseñanza. Pero la experiencia nos advierte a diario que la creatividad y los valores no se *enseñan*; se *descubren*.

La tarea del educador ha de consistir en sugerir a niños y jóvenes que hagan las experiencias necesarias para *descubrir por sí mismos* cómo se desarrollan en cuanto personas. Este descubrimiento se realiza en doce fases.

LA EXPERIENCIA DEL DESARROLLO PERSONAL A TRAVÉS DE DOCE DESCUBRIMIENTOS

1. EL DESCUBRIMIENTO DE LOS ÁMBITOS

Según la investigación actual más cualificada –la Biología, la Antropología, la Ética...-, todo ser personal es un “ser de encuentro”: vive como persona, se desarrolla y madura como tal creando toda suerte de encuentros. En consecuencia, *nada hay más importante para nosotros que saber lo que es el encuentro, qué exigencias plantea y qué frutos reporta*³.

Tal saber decisivo no podemos alcanzarlo si pensamos que todas las realidades de nuestro entorno pueden ser manejadas como si fueran meros *objetos*. Si un joven adopta esa actitud manipuladora para ponerlo todo a su servicio, no comprenderá nunca lo que es el encuentro y cómo debe comportarse para crecer personalmente. Ya empezamos a descubrir qué modo o estilo

² Sobre esta forma de analfabetismo y el modo concreto de superarlo, puede verse mi obra (2002). *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*. Madrid: BAC, p.15 ss.

³ Sobre este decisivo tema pueden verse mis obras:

- (1998). *Estética de la creatividad. Juego Arte. Literatura*. Madrid: Rialp, p. 186 ss; 215-218.
- (2002). *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, p. 131-176.

de pensar resulta hoy inadecuado y ha de ser sustituido rápidamente por otro más ajustado a nuestro ser de personas.

Este descubrimiento básico nos hace ver que, antes de iniciar a niños y jóvenes en el conocimiento razonado de lo que implica la vida ética y la vida religiosa, debemos ayudarles a adoptar la actitud correspondiente a las realidades que son superiores a los objetos y no deben ser manipuladas, sino respetadas y valoradas conforme a su rango. Esta actitud de respeto, estima y colaboración la denomino “actitud de *nivel 2*”. La actitud de dominio, posesión y manejo la considero como “actitud de *nivel 1*”.

Si los alumnos no adoptan en su vida la actitud propia del *nivel 2*, es vano hablarles de temas de estética, de ética y, sobre todo, de religión. Las tres formas básicas de experiencia –la estética, la ética, la religiosa- implican una relación de encuentro, que es un acontecimiento creativo y se da en el *nivel 2*. Desde el *nivel 1* no se puede captar lo que implica el encuentro, qué características presenta, qué valor encierra, qué frutos reporta. Don Juan, el Burlador de Sevilla, se movió siempre en el *nivel 1* y no conoció la riqueza del encuentro. Por eso bloqueó su desarrollo personal y destruyó su personalidad. Dicho en lenguaje religioso, muy popular sobre todo en el tiempo de la Contrarreforma, “condenó su alma”.

Para conseguir que niños y jóvenes cambien la actitud propia del *nivel 1* por la del *nivel 2*, el educador debe promover en ellos la capacidad de admirar la grandeza de las realidades que se muestran superiores a los meros objetos o cosas. Para ello debe sugerirles que miren a su alrededor de forma penetrante:

- Un piano puede ser visto como mero mueble y, por tanto, como objeto. Pero cabe también verlo como *instrumento*, como fuente de posibilidades de sonar. En este aspecto, es una realidad que se abre a quien tiene la capacidad de asumir las posibilidades que ofrece. Al ser abierta, no está cerrada en sí como los objetos y no puede ser delimitada rigurosamente. Se parece más bien a un *campo de realidad* que a un objeto. Para distinguir este peculiar *campo de realidad* del espacio en que se hallan las realidades materiales, vamos a llamarle “ámbito”⁴. Debemos acostumbrarnos a considerar como “ámbitos” las realidades que están abiertas a otras y, al unirse con ellas, dan lugar a ámbitos” de mayor envergadura
- De modo semejante, el papel en que está escrito un poema es un objeto, una realidad asible, delimitable, canjeable, distinta del ser humano y externa a él. Pero el poema, en cuanto obra literaria que podemos asumir de forma activa como principio impulsor de un acto de declamación, no es un mero objeto; es una fuente de posibilidades creativas que

⁴ Sobre este importante concepto pueden verse mis obras. *Estética de la creatividad*, p. 183-321; *Inteligencia creativa*, 34-41, 128-130; *La tolerancia y la manipulación*. (2001) Madrid: Rialp, p. 40-43.

dilatan nuestro horizonte espiritual y nos enriquecen. Es asimismo un “campo de realidad”, un “ámbito”.

- Una partitura puede ser vista sólo como un *fajo de papel*, por tanto como un objeto: una realidad que podemos ver, tocar, medir, pesar, manejar... Este modo de mirar tiene un valor, pero debe ser complementado con otro de mayor rango: el que ve ese objeto como una *partitura*, un conjunto de signos que nos ofrece la posibilidad de conocer una obra musical e interpretarla. Por ser una *fuentes de posibilidades* para quien es capaz de asumirlas activamente, la partitura tiene un modo de ser superior al de los objetos pero inferior al de los sujetos. *Sujeto* es el autor de la obra. *Objeto* es el papel en que fue escrita la partitura. Ésta tiene una condición *relacional* -es una trama de elementos intervenculados-, *abierto* -otorga diversas posibilidades al intérprete- y *fecunda* -pues, al ser asumida activamente por un intérprete y convertida en su voz interior, permite dar nueva vida a la obra musical que expresa-. Debido a esta triple condición, la partitura se parece más a un “campo de realidad” que a un mero objeto. Es un “ámbito”.
- Un ser humano, por ser corpóreo, puede ser medido, pesado, manejado..., como si fuera un objeto. Pero no está cerrado en sí; tiene múltiples relaciones con los padres, los hijos y los amigos, el pasado y el futuro, el trabajo profesional y las actividades artísticas y religiosas... Es concreto y delimitado como los objetos, pero abarca cierto campo: ofrece y recibe posibilidades; tiene iniciativas, proyectos, deseos..., y los comparte con otras personas; crea relaciones y llega con su influjo a realidades distintas de la suya. Constituye, por tanto, un “campo de realidad”, un “ámbito”.

2. EL PASO DE LOS OBJETOS A LOS ÁMBITOS

A medida que adquirimos experiencia vital, aprendemos a ver como ámbitos muchas realidades que en principio son -o parecen- simples objetos. Ese ascenso al nivel de los ámbitos es sugerido por el piloto al Principito -en el conocido relato de Saint-Exupéry- cuando éste, al ver un avión sobre la arena del desierto, le pregunta: “¿Qué es esa cosa?”. El piloto le corrige inmediatamente: “No es una cosa. Eso vuela. Es un avión. Es mi avión”⁵. Un avión, bien entendido, no es un mero objeto, ni tampoco un sujeto; es un “ámbito”, el fruto del entrecruzamiento de las posibilidades de volar que ofrece eso que llamamos *avión* y la capacidad de asumirlas activamente un piloto.

Cuando convertimos una *tabla* en *tablero* de ajedrez o acotamos un trozo de terreno para que nos sirva de campo de juego, pasamos del nivel de los objetos al de los ámbitos. Estamos ante una *transfiguración*. Si vivimos atentamente los doce descubrimientos, observaremos que cada uno de ellos encierra una transfiguración peculiar.

⁵ Cfr. *El principito*.(1972). Madrid: Alianza Editorial, p. 18.

Este ascenso transfigurador marca un giro importante en nuestra actitud. En cuanto fajo de papel, una partitura puede deteriorarse y debemos cambiarla por otra. Como expresión de una obra musical, no puede ser sometida a ningún cambio; merece un respeto incondicional.

Un carpintero hace una mesa. Al final, si no le satisface, la modifica o incluso la destruye. Esta destrucción puede no ser aconsejable por razones económicas, pero nadie podrá decir que quebranta los principios de la ética. Del *producto* de nuestro trabajo artesanal podemos disponer a nuestro arbitrio. No sucede así con los seres que son *fruto* de una confluencia de realidades. Un campesino deposita unas semillas en la madre tierra y espera a que el océano produzca vapor de agua y las nubes rieguen el suelo y el sol dore la mies... El trigo que recoge a su tiempo no es mero *producto* de su esfuerzo sino *fruto* de la acción mancomunada de diversas realidades. Por eso, el campesino considera la cosecha como un don y rehuye tirar una barra de pan a un cubo de basura como si fuera un mero desecho. Cada tipo de realidad exige una conducta adecuada a su rango. Un hombre y una mujer son libres para conjuntar sus potencias y engendrar un hijo. Pero no lo son para disponer de él como si fuera un objeto, un producto de un proceso fabril.

3. EL DESCUBRIMIENTO DE LAS EXPERIENCIAS REVERSIBLES

Una vez familiarizados con la existencia de los “ámbitos”, realizamos un descubrimiento sorprendente: hay realidades en nuestro entorno que nos ofrecen posibilidades para actuar de modo creativo. Al unirse nuestras potencias y esas posibilidades, vivimos una experiencia “reversible”, de doble dirección. Por ejemplo, declamo un poema y le doy vida, pero lo hago porque el poema me impulsa a realizar esa acción y me inspira el modo adecuado de realizarla. Contribuyo a sostener una institución, y la sostengo en cuanto ésta me ofrece una serie de posibilidades que enriquecen mi existencia y me permiten vivir la vida de un grupo. Son dos experiencias *reversibles*, bidireccionales, en las que dos realidades se influyen mutuamente.

Al darnos cuenta de que podemos realizar diariamente diversas experiencias reversibles, adivinamos el tesoro que tenemos a mano todas las personas. Para asumir este tesoro e incorporarlo a nuestra existencia, sólo necesitamos cumplir una condición: *respetar el modo de ser de cada realidad y no reducirla a alguno de sus aspectos, sino verla en toda la complejidad que presenta*. Uno de los momentos más emotivos de esa joya cinematográfica que es *Ben-Hur* se produce cuando el implacable cónsul romano advierte que el galeote Judá Ben Hur -a quien había tenido atado al remo nº 41- le acaba de salvar la vida, y le dice: "*¿Cuál es tu nombre, 41?*". No llamar a una persona por su nombre propio sino por el número del remo que debe mover mecánicamente supone una reducción violenta de su rango como ser humano, porque lo baja del *nivel 2* al *nivel 1*. Al advertir que ese hombre vejado no actuó con despecho antes le devolvió bien por mal, el altivo jefe da el salto del nivel de la prepotencia y el dominio -*nivel 1*- al de la creatividad y el respeto -*nivel 2*-. Si desea crear con Judá Ben Hur una relación personal de agradecimiento y amistad, el cónsul debe tomar en consideración cuanto implica aquél como ser humano, y esa totalidad -o *campo de realidad*- viene expresada por su nombre propio. El lugar que ocupaba el

infortunado joven en la bodega de la galera servía para caracterizarlo de algún modo a efectos de control, pero era del todo insuficiente para designarlo como persona.

El cuidado en distinguir los distintos modos de realidad que existen y las diferentes actitudes que debemos adoptar respecto a ellos está empezando a darnos luz para comprender acontecimientos muy significativos de nuestra vida. Las experiencias reversibles -de doble dirección- sólo se dan entre seres que tienen cierto poder de iniciativa. Por eso, si queremos vivir tales experiencias y beneficiarnos de su inmensa riqueza, debemos respetar las realidades circundantes en lo que son y en lo que están llamadas a ser. El que no respeta una realidad podrá tal vez dominarla (*nivel 1*), pero se condena a no poder fundar con ella una relación creativa. Es *creativa* una persona cuando *recibe activamente* posibilidades que le permiten dar origen a algo nuevo, dotado de gran significación para su vida (*nivel 2*).

Estamos en un momento decisivo del proceso de formación humana. Para que el joven comprenda por dentro la fecundidad de las experiencias reversibles, hemos de invitarle a aprender de memoria un poema -por breve que sea- y recitarlo una vez y otra con voluntad de darle toda su expresividad⁶.

“Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo a nuestro parecer
cualquier tiempo pasado
fue mejor”.

“Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señoríos,
derechos a se acabar
y consumir”.

⁶ Esta experiencia puede realizarse también con una canción o una obra instrumental.

A los pocos minutos de declamar creativamente –no sólo mecánicamente- estas estrofas de las *Coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre*, el joven hará la siguiente experiencia reveladora: *El poema -que era al principio distinto de él, distante, externo y extraño- se le ha vuelto íntimo sin dejar de ser distinto*. Se convirtió en su voz interior, en el impulso de su actividad como declamador. El poema le ha venido dado *de fuera*; pero ahora brota *en su interioridad* como si hubiera sido creado por él.

Cuando me percaté de que una realidad distinta de mí, externa, extraña y ajena, puede tornarse íntima sin dejar de ser distinta, adquiero una clave decisiva de interpretación de la vida⁷. Yo *configuro el poema* en cuanto *me dejo configurar por él*. Estamos ante una experiencia *reversible*, bidireccional. Yo soy necesario para dar vida al poema, pero no soy dueño de él, ya que es él quien me ofrece su riqueza expresiva, sin la cual no me sería posible realizar un acto de declamación. En el *nivel 2*, el de la creatividad, nadie *domina* a nadie. Ambos, poema y declamador, *nos ayudamos y complementamos*. Se trata de una experiencia *relacional*, ni puramente subjetiva ni meramente objetiva. Es decisivo en las clases de ética y de religión conseguir que los alumnos se acostumbren a superar el *objetivismo* y el *subjetivismo relativista* mediante un equilibrado pensamiento *relacional*⁸.

Cuando decimos, por ejemplo, que alguien *pertenece* a la Iglesia, no indicamos que está adscrito a una realidad distinta de él, y distante, externa, extraña, ajena. Pertener implica *participar: vivir la Iglesia* -de modo semejante, en el plano religioso, a como se vive un poema, una canción, una obra literaria...(nivel 2)-, no sólo *vivir en la Iglesia*, como se vive en una casa (nivel 1). Esa forma transitiva de vivir implica un modo de unión muy intenso y fecundo, pues la Iglesia no sólo es un hogar espiritual donde se realizan experiencias religiosas; es la fuente de la energía necesaria para llevarlas a cabo. Al asistir a un oficio litúrgico, el creyente *está en la iglesia* -ámbito físico consagrado al culto divino- porque *es Iglesia*, se halla activamente incorporado a ella, se siente vivificado por la vida de Jesús, que quiere formar con los creyentes un *ámbito de vida espiritual*, un *Cuerpo místico*⁹.

Al vincularnos con este tipo fecundísimo de unión a las realidades de nuestro entorno, recibimos múltiples posibilidades para ser creativos en diferentes aspectos y dar lugar a diversas formas de encuentro. Entonces sentimos vivamente que *la verdad nos nutre*, es decir, que la realidad *-tal como resplandece en nuestras vidas cuando la vivimos de este modo creativo, no meramente intelectual-* es nuestra gran fuente de recursos para desarrollarnos como personas. Tener a mano

⁷ Una descripción amplia de la experiencia de declamar un poema o interpretar una obra musical se halla en mi obra *Inteligencia creativa*, p. 109-115; 123-125.

⁸ La importancia de este tipo de pensamiento es destacada a lo largo de mis obras *Inteligencia creativa* (cfr. especialmente 299-310); *El espíritu de Europa. Claves para una reevangelización*.(2000). Madrid: Unión Editorial, p. 33,65,201; *Descubrir la grandeza de la vida*.(2003). Estella: Verbo Divino.

⁹ Para captar hondamente la diferencia de “vivir en la Iglesia” y “vivir la Iglesia”, conviene reflexionar sobre la diferencia de calidad que hay entre la experiencia de cumplir una orden recibida de una instancia externa y la de asumir interiormente una pauta de conducta porque intuimos que nos permite crecer como personas. Sobre este tema y el decisivo concepto de *participación* puede verse mi obra *El espíritu de Europa*, sobre todo el capítulo “La libertad humana y la vinculación a lo valioso”, p. 135-195.

tales recursos y ponerlos al servicio de la creación de modos generosos de unidad con los demás constituye la quintaesencia de la *libertad creativa*. Por esta profunda razón se afirma en el Evangelio que *la verdad nos hace libres*. Y algo semejante cabe decir del bien, la justicia, la belleza...

El peculiar carácter *real y eficiente* de estos conceptos no se capta si damos por supuesto que sólo los objetos poseen un modo auténtico de realidad. Se percibe nítidamente cuando decidimos crear relaciones fecundas de encuentro con realidades que no son meros objetos sino ámbitos y, lejos de reducirlas a mero objeto de posesión, dominio y manejo, las respetamos y colaboramos con ellas para desarrollarnos conjuntamente.

El descubrimiento de las experiencias reversibles nos permite ahondar de modo insospechado en la vida humana pues nos adentra en el secreto de la actividad creativa. Al realizar tales experiencias, superamos la escisión entre el interior y el exterior, el dentro y el fuera, lo mío y lo tuyo. Al percatarse de esto, un joven descubre que una norma que le viene dada *del exterior* es distinta de él pero puede hacersele *íntima* si asume activamente -creativamente- las posibilidades de vida que ella le ofrece. En consecuencia, las normas -cuando son acertadas y fecundas- no destruyen su libertad interior; la hacen posible. Al ver salvaguardada su *libertad creativa* -que es la verdadera libertad-, el joven puede lanzarse a vivir con entusiasmo una existencia fiel a normas y preceptos que se le revelan como eficaces. Difícilmente caerá en la tentación de prescindir de toda norma por afán de regir su conducta por criterios *proprios* e incrementar, así, su libertad y su independencia.

4. EL DESCUBRIMIENTO DEL ENCUENTRO, LOS VALORES Y LAS VIRTUDES

En las experiencias reversibles creamos modos de unidad entrañables con las realidades del entorno porque las vemos como ámbitos y las tratamos como tales. Cuanto más elevada en rango es la realidad con la que nos relacionamos, más valiosa puede ser nuestra unión con ella. El *encuentro* -visto en sentido estricto- no se reduce a mera *cercanía física* o a mero *choque*; es el modo privilegiado de unión que establecemos con las realidades personales, que son ámbitos dotados de un peculiar poder de iniciativa. Tienes un problema y solicitas mi ayuda. Me ofreces las posibilidades que tienes de esclarecer dicha cuestión, merced a tu capacidad de pensar, expresarte, razonar, comprender situaciones y resolver problemas. Yo recibo dichas posibilidades activamente, en cuanto las medito y te ofrezco las mías. Este intercambio generoso de posibilidades crea un *campo operativo común*, en el cual nos enriquecemos mutuamente y fundamos una relación de *intimidad*. Tú influyes sobre mí y yo sobre ti sin afán de dominio sino de perfeccionamiento, y entre ambos ordenamos nuestras ideas, las clarificamos y entrevemos una salida a la cuestión propuesta.

Esta colaboración fecunda supone el entreveramiento de nuestros ámbitos de vida, la creación de un *campo de juego* común, un ámbito de encuentro. En él *participamos* el uno de la vida del otro, y compartimos nuestros gozos y nuestras penas, nuestros problemas y nuestros éxitos. Ese *ámbito*

de participación que creamos merced a una entrega generosa de lo mejor de nosotros mismos es el encuentro. Estamos, pues, ante un fenómeno creativo, propio del *nivel 2*, el de los ámbitos y la creatividad.

Para que dicho *ámbito de participación* tenga solidez y estabilidad, debemos cumplir ciertas exigencias.

- 1) La primera condición para encontrarnos de verdad es la *generosidad*. Este vocablo procede del verbo latino “generare”, engendrar. Soy generoso si genero vida en otras personas, estableciendo con ellas relaciones que no aumentan mis posesiones (*nivel 1*) pero incrementan la calidad de mi vida personal (*nivel 2*). Al ser generoso contigo, no te reduzco a un medio para mis fines; te *respeto* y *estimo*, y, por tanto, *colaboro* contigo para que te realices plenamente. Esta actitud desprendida puede parecer a una mirada superficial que me empobrece pues amengua mi dominio sobre ti. Eso sucede en el *nivel 1* –el de la posesión y el poder-, pero no en el *nivel 2*, el de la actividad creadora de vínculos fecundos. Martín Buber, el filósofo del diálogo, lo sugiere en esta frase: “*El que dice tú a otro* (o sea, el que lo trata como una persona) *no posee nada, no tiene nada, pero está en relación*”¹⁰. Al contraponer el mero *tener* y el *estar en relación personal*, Buber indica que la relación interpersonal encierra un altísimo valor, el valor propio de la forma eminente de unidad que llamamos *encuentro*.

El rango de cada realidad se mide por la calidad de las relaciones que colabora a fundar. Si descubrimos que vivir en relación constituye nuestro ser de personas y consideramos que vivimos como personas, nos desarrollamos y perfeccionamos como tales cuando creamos toda suerte de relaciones valiosas, nos elevamos al nivel de la vida *auténtica*, la vida de creatividad –*nivel 2*–.

- 2) La actitud generosa nos lleva a *estar disponibles* para los demás, no recluirnos en el reducto cerrado del propio yo y aceptar que los seres humanos no tenemos un solo centro –el yo aislado- sino dos centros complementarios: el yo y el tú –las demás personas y, en general, todos los seres que son ámbitos y nos ofrecen posibilidades de crear algo nuevo significativo en nuestra vida-. Estar disponible significa, por ejemplo, *escuchar* las propuestas del prójimo – no sólo *oírlas*- y *vibrar* con ellas. Esta capacidad de vibración personal se llama *simpatía*, término derivado del griego *sympathein* (padecer con), y hace posible la verdadera *comunicación* entre las personas. Para poder encontrarnos, debemos ser “simpáticos”, en el sentido originario: estar prontos a sintonizar con los demás, compartir sus sentimientos, sus dolores y sus gozos.

¹⁰ Cfr. *Yo y tú* (1995). Madrid: Caparrós, p.8. Versión original: *Ich und Du*, en *Die Schriften über das dialogische Prinzip*, Schneider, Heidelberg (1954) p. 8. (El paréntesis es mío).

- 3) Si soy simpático contigo por ser generoso, suscito en ti un sentimiento de *confianza* hacia mí y te muevo a abrirte y hacerme *confidencias*, porque *confías* en que te seré *fiel*¹¹. Confiarse a otra persona supone siempre una *entrega*, y ésta conlleva cierta dosis de *riesgo*. Para entregarte a mí a pesar del riesgo, necesitas confiar en que mi voluntad de abrirme a ti es *sincera* y *veraz*. Si te miento, encubro parte de mi realidad personal, no voy a tu encuentro todo entero, y despierto en ti un sentimiento de desconfianza que te lleva a replegarte en tu interioridad y alejarte de mí. En cambio, si me abro a ti con franqueza y transparencia, manifiesto una voluntad sincera de unir mi ámbito de vida al tuyo, lo cual indica que tengo fe y confianza en ti. Al ofrecerme de modo *confiado* y, por ello, fácilmente vulnerable, te muestro que no me muevo en el plano egoísta de la seguridad, el cálculo y el dominio (*nivel 1*) sino en el de la gratuidad desinteresada (*nivel 2*). Por eso te inspiro *confianza*, te aparezco como *fiable*, digno de que tengas *fe* en mí, me hagas *confidencias* y podamos, así, crear una relación de encuentro.
- 4) Entre personas que se consideran mutuamente como *fiabes* surge espontáneamente la actitud de *fidelidad*. Ésta no se reduce a mero aguante, actitud propia de muros y columnas, seres propios del *nivel 1*; implica estar dispuestos a crear en cada momento de la vida lo que, en un momento decisivo, prometimos; por ejemplo, fundar un hogar estable (actividad propia del *nivel 2*). Prometer supone un gran soberanía de espíritu, pues exige sobrevolar el presente y el futuro y estar dispuestos a configurar la vida según el proyecto que inspira el acto de la promesa, a pesar de los cambios que puedan experimentar un día y otro nuestros sentimientos. La fidelidad es una actitud *creativa*; no se limita a soportar algo gravoso en forma pasiva.
- 5) De forma semejante, ser *paciente* significa mucho más que aguantar situaciones incómodas; implica ajustarse a los ritmos naturales.
- Si tengo un alumno lento, he de acomodarme un tanto a su ritmo, y él ha de procurar acercarse al mío todo lo que pueda. Entonces somos pacientes.
 - Rompo un brazo y el médico me prescribe un tiempo de reposo. Con ello no me ordena que me aguante, sino que adapte mi actividad al ritmo lento de regeneración de mis tejidos.
 - La intimidad corpórea tiene un ritmo acelerable a voluntad; en un instante puede uno sacarse la ropa y tener una relación de intimidad corpórea con otra persona. Pero la intimidad personal sólo se logra a través de un ritmo lento de maduración, como sucede con todos los procesos de crecimiento. Si, por afán hedonista, procuro la

¹¹ Los vocablos *fidelidad*, *confiar*, *confidencia*, *confianza*, *fe*, *fiarse* proceden de la misma raíz latina *fid*.

intimidad corpórea sin haber logrado todavía una verdadera intimidad personal –que no se reduce a mera efusividad sentimental, antes implica la voluntad firme de crear una forma de unión permanente y comprometida-, desajusto los ritmos naturales de mi realidad personal. Soy impaciente y no logro armonizar dos formas de intimidad –la corpórea y la espiritual- que se pertenecen mutuamente. Mi corporeidad me hará sentir en forma de inquietud interior que he abusado de ella; la he reducido a medio para mis fines, olvidando que está llamada por naturaleza a ser expresión fiel de toda mi vida personal.

- 6) Encontrarse significa entreverar dos ámbitos de vida distintos, dos personalidades diferentes, y este modo estrecho de unión sólo resulta gratificante si es facilitado por la dulzura de trato, la amabilidad, la flexibilidad de espíritu, el buen humor, la facilidad de comunicación, en una palabra: la *cordialidad*. La cordialidad lubrica las relaciones humanas. La hosquedad las entorpece al máximo.

Se puede ser cordial sin perder firmeza de carácter, seguridad en sí mismo, coherencia en las actitudes. Si soy profesor y me veo obligado a suspender a un alumno, he de hacerlo con la debida cordialidad, dándole las orientaciones necesarias para preparar debidamente el próximo examen. Mi firmeza en la evaluación no me impide ser cordial y crear unidad con el alumno. Una vez más se advierte aquí que la actitud creativa convierte en “contrastes” muchos aparentes “dilemas”. El que no actúa creativamente piensa que la firmeza se opone a la cordialidad; debe escoger entre lo uno o lo otro. El que es creativo sabe, por experiencia, que puede realizar cordialmente lo que su conciencia le exige. Ser firme y ser cordial son actitudes que forman contraste, pero se enriquecen mutuamente, como sucede con los colores complementarios.

- 7) La unión profunda que entraña el encuentro la logramos cuando *compartimos actividades nobles*. Al tomar parte en una actividad relevante, nos unimos a ella íntimamente y creamos un vínculo fuerte entre nosotros. Lo descubrimos al contemplar a un buen coro interpretar una obra de calidad. Los cantores fijan la mirada en el director, que expresa con sus gestos el sentido de la obra. No se miran entre sí; parecen indiferentes, pero de hecho se unen de forma admirable: atemperan el volumen de su voz y su ritmo a los de los demás, para lograr una armonía perfecta, que es fuente de honda belleza.

Las antedichas exigencias del encuentro encierran para nosotros –que, según la Biología actual, somos “seres de encuentro”¹²- un inmenso *valor* porque nos permiten desarrollarnos como personas. Tienen *valor* la generosidad, la fidelidad, la veracidad, la cordialidad... porque nos ofrecen posibilidades para encontrarnos. Si asumimos estas posibilidades en nuestra conducta, convertimos los valores en *virtudes*. “Virtudes” significa en latín *capacidades*. Las virtudes nos capacitan para crear formas auténticas de unidad y amistad, y configurar nuestro modo de ser o “segunda naturaleza”¹³ de modo adecuado a nuestra vocación de personas, seres que deben desarrollarse creando modos auténticos de vida comunitaria.

Ahora vemos claramente que la forma de pensar, querer y decidir adecuada a nuestra condición de seres de encuentro es la que se muestra generosa, respetuosa, colaboradora, fiel, veraz, sincera, cordial... Asumir los más altos valores y practicar las virtudes a ellos correspondientes no es, según esto, una obligación privativa de los creyentes; afecta a los seres humanos sin excepción, pues todos estamos llamados, por ley natural, a crecer en el aspecto biológico y en el espiritual.

5. EL DESCUBRIMIENTO DE NUESTRO AUTÉNTICO IDEAL ILUMINA TODA NUESTRA VIDA

Nos falta por descubrir la *meta* a la que debe orientarse esa conducta virtuosa. La descubrimos al vivir el encuentro y experimentar, con asombro creciente, los *frutos* del mismo. Cuando nos encontramos de verdad,

- obtenemos energía espiritual y motivación profunda para ser creativos por encima de los avatares de la vida;
- sentimos una honda alegría, sentimiento suscitado por la conciencia de estar en camino de plenitud;
- nos vemos inundados de entusiasmo¹⁴, gozo desbordante producido por el encuentro con una realidad muy valiosa;
- rebotamos felicidad, sentimiento de plenitud que se manifiesta en una gran paz interior, una sensación de amparo y un gozo festivo. Siempre que hay encuentro, hay fiesta.

La experiencia de tales frutos nos hace ver, como por un relámpago, que el valor más alto de nuestra vida es crear formas elevadas de unidad, es decir, de encuentro. He aquí la característica más importante del nuevo estilo de pensar y de vivir: *considerar que nuestra vida se desarrolla*

¹² ROF CARBALLO J.(1973). El hombre como encuentro. Madrid: Alfaguara; CABADA CASTRO, M. La vigencia del amor. Madrid: San Pablo.

¹³ Esta “segunda naturaleza” que adquirimos a través de actos y hábitos se denominaba en griego “*êthos*”, con eta o e larga. De ahí se deriva la palabra “*Ética*”. En latín, la palabra griega *êthos* –con épsilon- se tradujo con el término “*mos*” (costumbre), de donde procede la palabra “*Moral*”. Etimológicamente, pues, *Moral* y *Ética* tienen un significado distinto.

¹⁴ Esta bella palabra procede del término griego “*enthusiasμός*”: estar inserto en lo divino, visto como lo perfecto, perfecto en bondad, justicia, belleza...

plenamente cuando se orienta hacia el ideal del encuentro y dirige todas sus energías -corpóreas y espirituales- a crear las formas más elevadas de unidad con los seres del entorno.

El ideal no es una mera idea; es una *idea propulsora*, que impulsa y orienta nuestra vida, y, si es un ideal *auténtico*, le da pleno sentido. También un ideal falso dinamiza nuestra existencia y le otorga a veces una energía insospechada, pero la vacía de sentido porque la desorienta y desquicia¹⁵.

Al descubrir el ideal, se nos abre una perspectiva maravillosa, desde la cual descubrimos en qué consiste la verdadera libertad humana, cómo adquiere nuestra vida su plenitud de sentido, a qué tipo de creatividad estamos todos llamados, cuál es la función primaria del lenguaje y el silencio - vistos como vehículos natos del encuentro-, por qué desempeñan un papel tan importante en nuestra vida el pensamiento relacional y la afectividad, rectamente entendida.

1. **La libertad creativa.** La verdadera libertad –la “libertad creativa” o “libertad interior”- no se reduce a liberarse de trabas externas y disponer de múltiples posibilidades entre las que elegir. (Esta libertad para hacer en cada momento lo que uno desea la denomino “libertad de maniobra”). La libertad creativa consiste en la capacidad de distanciarse de las propias apetencias y elegir en cada momento las posibilidades que nos permiten realizar el ideal de nuestra vida. Esta forma de libertad presenta diversos grados según sea nuestra capacidad de liberarnos del apego a nuestros intereses. En la situación límite de un campo de concentración, varios reclusos son condenados a muerte. Al entrar en el calabozo donde van a morir de extenuación, uno de ellos se despide, sollozando, de su mujer y sus hijos. Al oírlo, un prisionero se ofrece a morir por él. ¿Es concebible en un ser humano una libertad interior tan grande que sea capaz de distanciarse incluso del instinto de conservación de la vida? Sólo puede ser libre en tal grado quien esté identificado de tal modo con el ideal de la unidad que todos los valores -incluso el de la propia vida- queden supeditados a su logro.
2. **La plenitud de sentido.** Nuestra vida está *bien orientada* y tiene, por tanto, *pleno sentido* cuando la ponemos al servicio del verdadero ideal, que es el valor que ensambla todos los demás como una clave de bóveda. Una vida que corre en pos de un ideal falso puede tener fuerza e ímpetu pero carece de sentido, pues se halla desnortada y se vacía paulatinamente pues no crea relaciones valiosas. Ese vacío existencial es causa de

¹⁵ “*El ideal* –escribe el cardenal Mercier, renombrado profesor de la universidad de Lovaina- *ni es ilusión, ni es sueño, ni es lo irrealizable; es algo concreto, es una concepción clara del deber*”.

múltiples desarreglos psíquicos, como bien ha mostrado el psiquiatra vienés Víctor Frankl¹⁶.

3. **Todos podemos y debemos ser creativos.** La creatividad no es una capacidad reservada a los genios, como suele pensarse desde el romanticismo. Ser creativo significa asumir activamente las posibilidades que nos ofrece el entorno para dar lugar a algo nuevo dotado de valor. Miguel Ángel fue creativo al plasmar en la Capilla Sixtina el mundo religioso cuyas posibilidades expresivas había asumido de forma receptiva y activa a la vez. Una madre que amamanta a su hijo con ternura es eminentemente creativa porque teje con él la “urdimbre afectiva” (J. Rof Carballo) que le va a permitir desarrollarse plenamente como persona. Colaborar a fundar modos de encuentro en el hogar, en el puesto de trabajo, en el centro académico o en el comercio... es una actividad rigurosamente creativa, no inferior –aunque menos espectacular- a las llamadas *creaciones artísticas*.

Al hacerse cargo de esta posibilidad creativa, millones de personas pueden superar graves situaciones de infraestima.

4. **Importancia del pensamiento relacional.** Todo ámbito tiende de por sí a relacionarse con otros. Si hemos de hacer justicia a la riqueza que implica, hemos de pensar de modo relacional. El vino y el pan parecen a primera vista meros objetos, pues son medibles, pesables, asibles, localizables en un lugar determinado. Pero son elaborados a base de *frutos* de la tierra: la uva y –por ejemplo- el trigo. Una espiga de trigo no la *produce* el agricultor. Éste recibe de sus padres el arte de trabajar la tierra y unas semillas. Deposita las semillas en la madre tierra y espera a que el océano evapore agua, se formen nubes, se rieguen los campos y, al fin, el sol dore la mies... Esta múltiple interrelación de elementos da lugar, un día, a que florezcan las espigas y obtengamos una cosecha de trigo. Tal cosecha es un *don*, no sólo el producto de un trabajo. Por eso tiene un alto valor *simbólico*. Remite a esa vinculación y se presta, por ello, a expresar de forma perfecta la unión entre una persona y el amigo que le invita a compartir con él el pan de la amistad. El padre de familia escancia el vino en la copa del huésped y parte, reparte y comparte con él el pan para dar expresión sensible al vínculo amistoso que los une.

El pensamiento relacional nos lleva, asimismo, a ver una sencilla ermita como un punto de confluencia de todo cuanto existe: la *tierra*, que facilitó los materiales de construcción y la base para edificar; el *espacio*, que alberga la edificación y la ilumina con su luz; los

¹⁶ “...Nosotros, en la actualidad, ya no estamos confrontados con una frustración sexual, como en tiempos de Freud, sino con una frustración existencial. Y el paciente típico del momento presente ya no padece tanto complejos de inferioridad, como en tiempos de Adler, cuanto sentimientos abismales de falta de sentido, asociados con una sensación de vacío; razón por la cual hablo de un vacío existencial” (Cf. *Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn*, Piper, Munich 1985, p. 141).

creyentes, que deciden crear un punto de encuentro entre ellos y el Dios al que adoran, y ponen sus capacidades al servicio de esta empresa; la *divinidad* a la que se consagra la ermita. Al terminar los trabajos de construcción, tenemos un “edificio”, no una “ermita”. Ésta surge, como templo, cuando la comunidad de los fieles se reúne en ella y entra en relación orante con Dios. Por diminuta que sea, la ermita constituye un lugar de confluencia de todas las realidades existentes, y adquiere así una dimensión infinita.

5. ***El lenguaje y el silencio, vehículos del encuentro.*** Lenguaje auténtico es aquel que no sólo sirve de *medio para* comunicarse sino de *medio en* el cual se establecen vínculos personales, formas de encuentro. El hecho de que los seres humanos seamos “locuentes” significa que venimos del encuentro amoroso de nuestros padres, que nos *llamaron* a la existencia y nos *invitaron* a *responder* adecuadamente, creando nuevas formas de encuentro. El hecho mismo de poder ser apelados y responder nos insta desde la infancia a movernos en el *nivel 2*, el de las relaciones personales, inspiradas en una actitud de generosidad, respeto y colaboración.

El silencio auténtico no se reduce a mera falta de sonidos; implica una actitud de atención a las realidades complejas. Las muchas palabras pueden distraer la atención. La actitud de silencio nos permite atender a diversos aspectos de la realidad al mismo tiempo y captar, así, la riqueza de las realidades y los acontecimientos que no están delimitados como los objetos sino que abarcan mucho campo por estar abiertos a otros acontecimientos y realidades.

Las palabras auténticas dan cuerpo y concreción a los ámbitos. Por eso a menudo poseen una insospechada fuerza expresiva, que nos lleva a exclamar: “*¡No me lo digas; pues lo que hace daño es el lenguaje!*”¹⁷. Una palabra constructiva puede crear toda una vida. Una palabra destructiva puede deshacer una existencia. Cada palabra lleva en sí la vida de quien la pronuncia con autenticidad. Las palabras son, por ello, “moradas” en las que podemos y debemos inmergirnos para vivir del misterio que albergan.

El silencio auténtico es el *campo de resonancia* de la palabra auténtica. Por eso constituye el espacio natural de la contemplación poética, artística y religiosa. La palabra auténtica viene del silencio e invita al silencio. Antes de oír una obra musical valiosa, debemos recogerlos. Y tras la audición, nuestra sensibilidad nos pide dejar que la obra resuene

¹⁷ Se lo dice a su novio la protagonista de *La salvaje*, de Jean Anouilh. Un análisis amplio de esta obra puede verse en mi libro *Cómo formarse en ética a través de la literatura*. (1998). Madrid: Rialp, p. 263-287.

durante un tiempo en nuestro interior. Algo semejante sucede, en otro nivel, con la lectura y la proclamación de la palabra revelada¹⁸.

6. ***La caída en el vértigo y el ascenso extático a lo mejor de uno mismo.***

A lo largo de los diez descubrimientos ya realizados hemos visto que nuestro desarrollo personal comienza cuando nos decidimos a movernos en el *nivel 2*, respetando y estimando las realidades que nos ofrecen posibilidades para crear toda suerte de encuentros. Aquí se abren dos vías opuestas a mi vida.

1ª) *La vía del vértigo o fascinación.* Si me dejo fascinar por la voluntad de poseer, dominar, manejar “ámbitos” como si fueran objetos –*nivel 1*-, para ponerlos a mi servicio, renuncio a la capacidad de encontrarme con ellos y dejo de orientarme hacia el ideal de la unidad (*nivel 3*). Me embriaga la sensación de poderío que adquiero al dominar las realidades que de por sí no me invitan al dominio sino a la colaboración respetuosa. En principio, quedo con la mirada interior enquistada en ese valor inmediato; dejo de lado el valor inmenso de la unidad que dejo de crear y me dejo mecer por un sentimiento de *euforia*.

Pero en lo hondo de mi ser advierto que me estoy vaciando de lo que más necesito para vivir como persona: el encuentro con las realidades que me enriquecen. Por eso la euforia primera se trueca rápidamente en *decepción* y *tristeza*. Cuando la tristeza me invade una y otra vez -porque no cambio mi actitud primera de prepotencia egoísta-, el vacío interior se hace más y más hondo. Al asomarme a esa desoladora oquedad, soy presa de una especie de *vértigo espiritual*: es la *angustia*. Siento que el suelo se abre bajo mis pies y quedo suspendido en el vacío. Esa situación desvalida me lleva a la *desesperación*, la conciencia amarga de haber cerrado las puertas a mi desarrollo personal. Esa forma de desesperación abre ante mí dos posibilidades:

a) Tomar conciencia de que, por haber adoptado una actitud contraria a mi vocación -la llamada de mi propia realidad a crear formas de encuentro con las realidades del entorno-, me despeñé por la vía de la total soledad; la soledad negativa del que por principio se niega a crear vínculos con las realidades que le ofrecen posibilidades para ello. Este aldabonazo de la conciencia puede en casos llevarme a dar el salto hacia la vida auténtica, la del respeto, la estima, la colaboración y el encuentro.

¹⁸ El tema del lenguaje es analizado ampliamente en mis obras *Inteligencia creativa*.(1997:219-229; 231-234). y *El poder del diálogo y del encuentro*(1997).Madrid: BAC, p. 3-91.

b) Hacer las paces con el vacío, por la falsa convicción de que la vida humana es incapaz de crear verdaderas formas de encuentro y llenarse, así, de sentido. Este reconocimiento del *absurdo* como quintaesencia de nuestra vida nos lleva a cerrarnos en nosotros mismos y considerar la soledad como nuestro auténtico modo de ser. Esta forma de soledad opuesta a la comunicación que inspira el amor supone la destrucción de nuestro verdadera vida personal.

2) *La vía del éxtasis o ascenso a lo mejor de uno mismo*. Si cambio la actitud dominante por una actitud respetuosa, parece que renuncio a un aspecto valioso de mi vida personal; pero pronto descubro que mi vida –y la de quienes se relacionan conmigo- se enriquece de forma creciente a medida que realizo experiencias reversibles, sobre todo las de encuentro personal. La conciencia de tal crecimiento me produce alegría, entusiasmo, plenitud y felicidad. Nos sentimos felices al vernos realizados como personas. Y esa realización se lleva a cabo en el encuentro, bajo la inspiración propulsora del ideal de la unidad. Renuncié al afán de dominio (*nivel 1*), y ahora me veo desbordante de paz y júbilo interior porque me siento amparado, acogido como persona en una trama de ámbitos que se entrecruzan para formar diversas formas de encuentro (*nivel 2*).

Ese estado de plenitud que se adquiere al realizar la propia vocación y misión como personas significa la meta de nuestro ascenso a lo mejor de nosotros mismos. Es, pues, un estado de “éxtasis”, en el sentido más noble de este antiguo vocablo.

7. ***La función decisiva de la afectividad y el “ordo amoris”.***

Al pensar de modo riguroso -concediendo a cada realidad todo su alcance- y vivir de forma creativa -comprometiéndonos con las realidades que nos invitan a asumir activamente las posibilidades que nos ofrecen-, no sólo *conocemos* seres y acontecimientos, sino que *vibramos* con el valor que encierran. Esa vibración es el *sentimiento*. Los sentimientos no se reducen a meras sensaciones, reacciones espontáneas de nuestra sensibilidad ante ciertos estímulos. Son los modos como nuestra persona entera vibra al percibir un valor. Los sonidos de un coral de Bach pueden “gustarme”, ser agradables a mi sensibilidad. El coral, en su conjunto, hace vibrar toda mi persona, con su capacidad de captar su belleza, su expresividad, su unción religiosa, el horizonte de vida en plenitud que me abre. Esa vibración no se queda en sí misma, como sucede con las meras sensaciones, por intensas que sean; remite a la realidad que la suscita.

Los sentimientos son una fuente de conocimiento y deben ser debidamente cultivados. El buen líder promueve una auténtica “cultura del corazón”, es decir, del centro espiritual en el

que se decide nuestra adhesión al ideal de nuestra vida. Si deseamos firmemente este ideal, tendremos fuerza interna suficiente para dar a nuestra vida una orientación recta en toda circunstancia. De ahí se deriva una gran coherencia de vida, tenacidad, capacidad de sufrimiento, elevación de la mirada...¹⁹

Esta concepción profunda del sentimiento nos permite orientar de modo sugestivo y fecundo la formación para el amor personal, tema de gran aliento que exige un planteamiento riguroso²⁰.

Al vivir estos doce descubrimientos, quedamos asombrados ante la grandeza que puede adquirir nuestra vida si la vivimos con autenticidad, movidos por el ideal de la unidad o del encuentro. Nuestro desarrollo personal tiene lugar a través de doce *transformaciones*: los objetos se convierten en ámbitos; las experiencias lineales, en experiencias reversibles; la mera cercanía, en relación de encuentro; las exigencias del encuentro, en valores y virtudes; la creación de unidad, en ideal de la vida; la libertad de maniobra, en libertad creativa; la meros hechos, en acontecimientos creativos; el pensamiento relativista en pensamiento relacional; el lenguaje visto como pura comunicación, en actividad creadora de vínculos; la atracción pasional o erótica, en amor personal.

Cuando nos hacemos cargo lúcidamente de esta múltiple transfiguración, damos un paso de gigante hacia nuestro pleno desarrollo personal.

¹⁹ Los temas tratados en este apartado son explicados en *Inteligencia creativa*.(2003: 101-193) y *Descubrir la grandeza de la vida*.(2003). Estella: Verbo Divino.

²⁰ Véanse mis obras *El amor humano. Su sentido y su alcance*. (1994). Madrid:Edibesa; *La formación para el amor*.(1995). Madrid: San Pablo.